

funesto bastardo Duque de Morny, exacerbada por su complicidad en el fraudulento asunto de los bonos Jecker; y, por fin, hasta la solapada intervención del avaro Pontífice Romano.

Se trataba de crear un monarca é imponerlo, aunque para ello fuese necesario sacrificar la nacionalidad de un pueblo libre, y conculcar ignominiosamente los más altos principios del derecho humano.

La madre España nos enviaría un Borbón; Francia un Hapsburgo.

La primera trataba de reconquistarnos; la segunda, soñaba con las fabulosas minas de California y de Sonora. Inglaterra buscaba, como siempre, nuestro oro.

Tales fueron los negros precedentes de la famosa Convención de Londres, que el 31 de Octubre de 1861 firmaron los ministros Lord Rusell, Istúriz y Flahaut.

Llegan á Veracruz las armadas enemigas, violan el territorio nacional, y el 1º de Enero de 1862, lanzan el ULTIMÁTUM, reclamando satisfacción por los agravios inferidos.

El Gobierno mexicano contesta dignamente el ULTIMÁTUM, y en se-

Informado de que el enemigo seguía ocupando Pachuca, desde la tarde del citado día 20, á dos leguas de distancia, me anticipé con la caballería á trote largo, y encargando al C. General Mejía, que con el resto de la Brigada me siguiera, le dejé instrucciones sobre la manera con que la infantería había de atacar á aquél mineral, en caso de quererse los contrarios defender.

Yo tenía noticias ciertas de cuál era el grueso que buscábamos, y si bien muy superior en número y en las posiciones que ocupaba, yo tenía fe y confianza en los dignos ciudadanos soldados del pueblo, cuyo valor y constancia se nivela con sus condiciones políticas de amor á la libertad, y de celo por la conservación de los derechos que les pertenecen.

Dividida con anticipación en varios trozos la caballería á escape, y con arma en mano, llegó y penetró resueltamente hasta la plaza de Pachuca, por diversas partes, arrollando á su paso las avanzadas enemigas que quisieron oponerse, haciéndoles algunos muertos los exploradores nuestros, que precedían á la Columna del centro sobre el camino de México, que formaba el Cuerpo permanente de Carabineros á Caballo, mandada por su Coronel C. Antonio Álvarez.

La Columna de la izquierda, compuesta del 1º y 4º cuerpos de Policía Rural, la mandó el intrépido Coronel C. Manuel Quesada, y la derecha se apoyaba y sostenía en una Compañía del 1º de Policía y otra de Zumpango, á las órdenes de su valiente Comandante, C. Pilar Marroquín, que por un rodeo fueron á amagar la espalda del Convento.

Los contrarios sabían mi marcha hacia ellos, sabían mi fuerza, pero calcularon que llegaríamos más tarde; con esto, al observar la polvareda que

guida promulga aquel terrible, pero justificado decreto de 25 de Enero del mismo año.

Celebrada en 19 de Febrero la Convención de la Soledad, y bajo la garantía de su honor militar y de su firma, ocupan los aliados, tres importantes plazas estratégicas: Córdoba, Tehuacán y Orizaba.

La llegada de Laurencez con más tropas francesas, revela claramente la intención de Francia: derribar la República y crear un Imperio.

Surgen discordias entre los tres representantes de la naciones acreedoras; Prim y Wike, considerando ya caduca la Convención de la Soledad, rompen la alianza y se retiran con sus buques.

El impudente Saligny, declara que la firma trazada por su mano en el Tratado de la Soledad, no vale tanto como el papel en que está puesta, y sigue en posesión de las plazas ocupadas bajo la salvaguardia del honor militar, faltando á su palabra y deshonrando con acto tan indigno el nombre y la bandera de su patria.

Franqueadas á traición por los franceses las fortificaciones de Chiquihuite, que estaban defendidas por La Llave, quedan, de hecho, rotas las hostilidades.

nuestra marcha levantaba al aproximarnos á la población, sólo tuvieron tiempo de escaparse por la parte opuesta, y detenernos en el primer cerro (Cruz de los Ciegos) ó escalón de la Sierra, en que está el camino del Mineral del Monte.

El primer propósito de ocupar nosotros á Pachuca, estaba satisfecho, aunque no el de destruir á la fuerza enemiga que la ocupaba.

Tampoco era el todo de él.

Su mayor fuerza, principalmente la infantería, artillería y parque, lo había situado en la cumbre de la montaña, ó lo tenía en el Mineral del Monte, para esperarnos con mejor ventaja.

Sin embargo, una poca de infantería (como 500 hombres) y otros tantos dragones contrarios, nos hostilizaban desde las alturas, á cuyo pie se encuentra Pachuca, por lo que era preciso no dejar enfriar el ardor de nuestros soldados, ni que el enemigo saliese de la sorpresa que le causara nuestra anticipación y arrojó.

Por lo mismo, organizadas algún tanto otra vez las dos secciones, Álvarez y Quesada, prevenidos para un segundo empuje más fuerte, cuanto más peligroso, é indicando rodear el primer cerro y posición enemiga con el Cuerpo Lanceros de Oaxaca, y la segunda de aquellas secciones; á un impulso de ambos, y el de Carabineros por el frente hacia el pueblo, el enemigo no pudo ó no tuvo bastante valor para esperarnos resueltamente, y se trepó al segundo escalón de la sierra misma.

Desde este instante, en que al parecer continuaban nuestras ventajas, yo, sin embargo, no habría querido ir más adelante, sin que nuestra infantería y

¡México y Francia estaban frente á frente!

Organizado por el Gobierno, marcha sobre Orizaba un cuerpo de ejército, á las órdenes del General López Uraga.

El General Porfirio Díaz marcha con ese cuerpo.

«Muy poco después de nuestro arribo á la capital, de regreso de la acción de Pachuca y Real del Monte, tuvo noticia el Gobierno de que se había firmado la Convención tripartita, de 31 de Octubre de 1861; y el 23 de Noviembre siguiente, organizó un cuerpo de ejército de unos diez mil hombres, que puso á las órdenes del General D. José López Uraga, del cual formaba yo parte como Mayor General de la primera División, que estaba á las órdenes del General Don Ignacio Mejía, siendo, á la vez que Mayor General, jefe de la segunda Brigada de esa misma División. En tales condiciones marchamos para Orizaba, y el General en jefe ordenó que la primera Brigada de la tercera División, mandada por el General Mejía, se situara en Córdoba, y como puesto avanzado, la mía, en El Camarón, así como una fuerza de caballería en la Soledad. El General Uraga tuvo algunas

piezas de montaña tomaran la parte que les correspondía. Mas calculé que detenernos en aquella situación, era perder los mejores instantes de rechazar al enemigo de posición en posición, quizá hasta encontrarnos con su grueso, y no quise detener el impulso de los nuestros, sino antes bien apoyarlos con la pequeña Columna de los Lanceros de Oaxaca, siguiendo yo á su cabeza por el camino ascendente para Mineral del Monte.

De ese modo, el enemigo no podría contener el alcance de la caballería, que tanto por el espinazo de la sierra, como por el camino, subía á diversos aires de su marcha bajo un fuego vivo, no obstante que aquél intentara pararse y volver sobre nosotros. Resultado de ésto fué que los 500 infantes contrarios, huyendo unos hacia arriba, despeñándose otros, y dejándose matar ó tomar prisioneros los demás, todos ellos nunca volvieron á ponérsenos delante.

Sólo una parte de su caballería, que demostraba más disciplina y valor, no manifestó querer desbandarse, y era la que constantemente sostenía la huída de sus compañeros.

A la vez que nuestra tropa ganaba en terreno, perdía en unión y fuerza: inversamente sucedía con el enemigo; por ésto conocí que iba á llegar el momento de ser contenidos por aquél, que estaba siempre dominante y más potente.

Los hombres y caballos, bastante fatigados, darían ocasión para ser completamente destruidos, antes de que el resto de la Brigada nos pudiera auxiliar.

Estábamos en el acto crítico, y para prevenir el revés que se nos preparaba, ascendí del camino al cerro Antiguo, y procuré formar los Dragones, sin distinción de Cuepos ni de clases, mandando tocar alto y reunión.

entrevistas con el General Prim, y desmoralizado por el aparato de las fuerzas europeas que habían desembarcado, creyó que no eran bastantes nuestros elementos para hacer una defensa fructuosa, y lo manifestó francamente á sus soldados y al Gobierno, por lo cual fué relevado inmediatamente por el General D. Ignacio Zaragoza, que tomó el respectivo mando el 21 de Febrero de 1862.

«Antes del relevo del General Uraga, habíamos hecho, por su orden, un movimiento de avance hasta la Soledad, con toda la masa del ejército, porque se creyó que el enemigo se movía de Veracruz sobre nosotros. No habiéndose realizado ésto, el General Zaragoza mandó que volviéramos á ocupar nuestras antiguas posiciones, respectivamente, para ponernos fuera de la zona que hace mortífera la endemia de la fiebre amarilla.

«Entretanto, se verificaron las conferencias de la Soledad, que dieron por resultado la retirada del ejército hasta San Andrés Chalchicomula y la ocupación pacífica, por el enemigo, de las plazas de Córdoba, Orizaba y Tehuacán; el núcleo principal del ejército mexicano se colocó en San Andrés Chalchicomula, y mi Brigada, reforza-

Hubo un momento de vacilación por nuestra parte: la misma observé en los contrarios: la ejecución de mi orden tenía que practicarla por mí mismo, ó perecíamos todos.

Al fin, regresan de nuestros soldados, aquellos que más delante estaban, pero con aceleración, y éste fué precisamente nuestro mayor mal; porque desde luego, volviendo caras el enemigo hacia nosotros, se comenzó á declarar, primero, nuestra retirada y en seguida la huída.

Con el C. Teniente Coronel Félix Díaz y algunos oficiales, exhortamos para restablecer el orden, que ya no era posible en la cumbre de la sierra, mientras otro tanto hacían sobre el camino los CC. Coroneles Álvarez y Quesada.

No había que perder tiempo, por lo que, trasportándome con alguno de aquéllos al frente de los que retrocedían para contenerlo, y viendo venir felizmente los restos de Carabineros y 1º de Policía, ésto vino á moralizarlo todo, imponiendo á los contrarios y estableciéndome fijamente á más de la medianía de la sierra, para no tener que volverla á tomar por la fuerza.

Come se ve, C. Ministro, el mismo ardor de la pelea, pero también los inconvenientes del terreno, estrecho y escarpado, iban á producir un mal que pudo ser trascendental para todos, con arrancarnos la victoria que tan heroicamente se había comenzado á conquistar, si no se hubiera contado con una parte de la misma caballería organizada, y que á su cabeza fueran el Coronel Mayor General Fernández García, y el Teniente Coronel Eduardo Subikuski.

El primer conflicto había desaparecido, y sólo quedaba la ansiedad general por ver llegar nuestra infantería y las dos piezas de montaña, que resolverían la pendiente cuestión, puesto que ya la caballería, bastante esfuerzo ha-

da por uno de los batallones de la primera, se estableció como puesto avanzado, con dos baterías de batalla, en la cañada de Ixtapa y Cuesta Blanca. El 6 de Marzo de 1862, tuvo lugar, en San Andrés, una verdadera hecatombe, causada por la imprevisión de los jefes respectivos, y de la cual fué víctima la primera Brigada de la primera División, compuesta exclusivamente de fuerzas de Oaxaca. Se dejó en la Colectoría, en donde se alojó la primera Brigada, una gran cantidad de municiones, las cuales se incendiaron en la noche, probablemente con alguna chispa de las fogatas que hacían las mujeres de los soldados para condimentar sus alimentos, causando la muerte de 1,042 soldados y varias mujeres, quedando heridos más de 200 de los prisioneros, y acaso otros tantos de los vecinos de la población próxima al lugar del incendio.

«Después de algunos días, durante los cuales se verificaron varias conferencias entre los aliados, el enemigo hizo un movimiento de retroceso, según se había comprometido, para volver á la zona cálida, con el fin de que el ejército mexicano ocupara los cerros del Chiquihuite y el Pinal. En esa inteligencia marchaba yo á vanguardia del

bía hecho en sus cargas, y que los hombres y caballos se hallaban algo debilitados.

Yo suplico al ciudadano Ministro de la Guerra, que lea con atención las partes que me dirigen los ciudadanos Coroneles, jefes de las dos secciones de caballería, cuyas copias le acompaño bajo los números 1 y 2. Ellos están redactados con la sencillez y modestia del soldado republicano, pero tienen el mérito de la verdad, de la justicia y del sentimiento patriótico de sus autores, y se refieren á un hecho singular y extraordinario entre nosotros, en su arma é institución, respecto de unas ú otras fuerzas.

En este detall debería seguir, digámoslo así, la segunda parte ó período de la acción. Pero como la relación que de él me dirige el C. General Ignacio Mejía, y cuya copia, con el número 3, tengo la satisfacción de incluir, explica perfectamente los pormenores de los subsecuentes ataques que se fueron dando á las cuatro posiciones más en que el enemigo, con el todo de su grueso, quiso rechazarnos y destruirnos; omito por mi parte toda explicación, y dejo el honor que le corresponde á tan benemérito ciudadano, para que Ud. se sirva leerlo con la atención y regocijo que inspira. Pero antes manifestaré á Ud., que las fuerzas á que se contrae, después de haber seguido á la caballería con la violencia que las circunstancias requerían, cuando desfallecidos de cansancio, de hambre, sueño y sed, nuestros soldados apenas caminar podían, no pude menos que, sensibilizado, mandar que paulatinamente continuaran la subida para darles un respiro que produjera reanimación en su espíritu y orden en la marcha que llevaban. ¡Oh! yo no debo más que recomendarles á todos, con la efusión de mi alma, con toda la gratitud y cariño que me causan, y con la

ejército, con la misma fuerza que había tenido en la cañada de Ixtapa.

«Al llegar nuestra vanguardia á Orizaba, se me ordenó ocupar el llano de Escamela, mientras acababan de salir de Orizaba, como debían, según los convenios, las tropas españolas y francesas que quedaban allí, y cuyo desfile presencié.

«Mandé seguir sus movimientos, y en su observación, al Teniente Coronel D. Félix Díaz, con sólo cincuenta caballos de su regimiento, puesto que hasta allí no era de esperarse un combate, en atención á lo estipulado, y porque esas órdenes había recibido del General Zaragoza, á quien esperaba por momentos en mi campamento de Escamela. Al llegar la retaguardia del enemigo á Córdoba, se destacó una pequeña Columna de tropas francesas, compuesta de 200 caballos, con igual número de zuavos á la grupa de los jinetes, y vino rápidamente á chocar con mi vanguardia. Ésta se defendió heroicamente, pereciendo un gran número de soldados y caballos, y quedando su jefe, el Teniente Coronel D. Félix Díaz, herido de un balazo en el pecho, y prisionero en poder del enemigo.

energía y vehemencia de mi carácter. El Soberano Congreso, el Gobierno Supremo, la nación toda, les debe una muestra de gratitud digna del heroísmo y abnegación con que al peligro y sufrimientos se entregaron.

Debo ahora hacer más todas las recomendaciones que dirigen los ciudadanos Generales y Coroneles de las tres secciones, pues se refieren á los que más resaltaron en los diversos combates del día: lo hago también en honor y justicia de los ciudadanos Generales Mejía (que recibió una contusión de bala de fusil sobre el hombro izquierdo), y del de su clase, C. Porfirio Díaz; de los expresados ciudadanos Coroneles Álvarez y Quesada; de los de igual clase, Félix Vega y Mayor General de la Brigada, C. Jesús Fernández García; de mis ayudantes, entre los que fueron heridos los Comandantes C. Antonio García, y graduado Jesús Poncé de León; en fin, de todos, todos, por que sin la cooperación inmediata, eficaz y enérgica de cualquiera de ellos, quién sabe cuál habría sido la suerte de tan honroso combate, y las terribles consecuencias de él para el país. Por lo mismo, insisto, con respetuosa súplica, para que los que más se distinguieron, obtengan: un distintivo honorífico, los Jefes y Oficiales, y un escudo de valor, á los de la clase de tropa, por haber merecido bien de la patria; además, que esta recompensa servirá de emulación los buenos servidores de la legalidad.

Concluiré manifestando que esta acción de guerra no sólo es de grandes y favorables resultados para que el actual orden de cosas se afiance, para que los Poderes Supremos de la nación sean estables, y para que todos los ciudadanos de la República gocen de los derechos individuales y sociales que nuestras instituciones les garantizan, sino que ella tiene también el mérito de ha-

«Era el primer ventajoso encuentro contra nuestras tropas, que aún no llevaban la misión de batirse; y el enemigo, al faltar á sus compromisos, pudo sorprenderlas, estando, como estaban, formando un grupo insignificante de simple observación. Las primeras balas se cruzaron, y aquel episodio fué el prólogo de la gigante lucha que sostuviera por cinco años el pueblo mexicano.

«Pocos momentos después de ese combate, pasaba por allí, conducida en litera, la Condesa de Reus, de regreso para Veracruz, con una escolta de tropas españolas.

«Informada de lo que acababa de suceder, se empeña enérgicamente por la libertad de los prisioneros, lo mismo que el General Milans del Bosch, jefe del Estado Mayor del General Prim, cuando el Teniente Coronel Díaz, aprovechando un momento de descuido de los franceses, montó rápidamente su mismo caballo, que había quedado á su lado, saltó una alta barda que formaba el camino, y se internó en el bosque, sin recibir ninguno de los muchos disparos que le hicieron los franceses. Llegó sin novedad á Coscomatepec, donde había auto-

ber sido derrotado un cuerpo de ejército bastante respetable, ya por estar regularmente organizado en el transcurso de muchos meses, que se abrigó en la Sierra Gorda, ya por tener de directores, buenos é inteligentes Generales, Jefes y Oficiales que constituyen lo más florido de la reacción, y ya, en fin, por la influencia de un Mejía, que había sabido evitarse los reveses de la guerra, y procurándose algunos triunfos, que lo colocaban en la cúspide de sus correligionarios.

Todo ello había infundido en el ánimo de los que formaban ese ejército, una íntima convicción de su superioridad sobre nosotros, y que infaliblemente victoriosos, ocuparía en el acto la capital de la República: si á esto se agregan las formidables posiciones que el enemigo ocupaba, ó nuestra situación desventajosa, física y militarmente hablando, se comprenderá mejor, que sólo la moral y convicción política de los que forman esta Brigada, pudo hacer que se alcanzara tan espléndida victoria.

Como comprobación de todo lo últimamente expuesto, diré: que en un expediente que mandé formar á la mayoría general, y que con su nota respectiva acompaño á este detall, separadamente, verá Ud. que hay una información practicada por el jefe de dicha oficina, y en ella lo manifestaron todo, dos ayudantes del faccioso Mejía, libre y espontáneamente, pues á ellos y á los demás prisioneros, desde el momento que lo fueron, se les garantizó la vida, y tengo la satisfacción de asegurar á Ud., que á nadie se le ha ejecutado.

Verdad es, ciudadano Ministro, que la función de armas á que me refiero, ha costado alguna sangre más de mexicanos; que el Gobierno Supremo ha hechos costosos sacrificios, según se servirá Ud. ver en el mismo expediente; pero no serán sensibles ni gravosos, como nuestros gobernantes sepan sacar

ridades amigas, y dos días después se me incorporó en Acultzingo, habiendo dado vuelta por el camino del volcán de Orizaba.

«Mientras yo movía tropas en auxilio de mi vanguardia derrotada, y empezaba á tirotear al enemigo, mandaba aviso de lo ocurrido al General Zaragoza, que venía en compañía del General Prim, quien á poco llegó también con su respectiva escolta. Pasó en medio de nuestras tropas, y fué respetado por los franceses, que suspendieron sus fuegos, lo mismo que nosotros.

«El General Zaragoza, enterado allí de lo ocurrido, ordenó nuestro movimiento de contramarcha, dejándome con una pequeña fuerza para defender el camino, al final del llano de Escamela. Pasada media hora, y cuando se acercaba el grueso del enemigo á su tropa de descubierta, que reanudaba el combate conmigo, recibí orden del citado General Zaragoza para incorporármele. Empecé mi marcha á la defensiva, hasta Orizaba; y después de salir de este punto, ya no fui hostilizado.

«Así, sin más dificultad, llegué al Ingenio, donde pernoctamos. Al día siguiente dispuso el General en jefe que marcháramos á Acultzingo.

«Después de dos días de permanencia en Acultzingo, se me ordenó que marchara con mi Brigada á Tehuacán, donde se pondrían á mis órdenes otras dos, mandadas: una, por el General D. Mariano Escobedo, y otra por el General D. Mariano Rojo, previniéndoseme que

todo el provecho de tan nobles esfuerzos, y tiendan una mano generosa á nuestros enemigos, vencidos por la opinión y en el campo de batalla.

La reacción tendrá que hacer un grandísimo y extraordinario esfuerzo para volver al estado alarmante en que se encontraba al amanecer el día 20, lo que creo difícil.

Lo relacionado, pues, indica suficientemente el golpe importante que se acaba de dar á lo más selecto de los enemigos de nuestras instituciones democráticas, y de consiguiente, mayor es el mérito de los que tal gloria alcanzaron.

A mí sólo quedame la satisfacción de haber podido contribuir, aprovechando el valor, la fe y el entusiasmo de los beneméritos ciudadanos que el Gobierno Supremo se dignó poner bajo mi débil dirección, y á cuyo honor quedó tan sumamente reconocido, como recompensado de la suma confianza.

Con tal motivo, tengo igualmente el honor de repetir á Ud. mi atenta consideración y distinguido aprecio.

Patria, Libertad y Reforma.—Pachuca, Octubre 22 de 1861.—*Santiago Tapia.*

Al C. General Ignacio Zaragoza, Ministro de Guerra y Marina.—México.

con las tres me dirigiera hacia Matamoros Izúcar, con objeto de batir á las fuerzas de Márquez, que por allí venía con el propósito de reunirse al invasor extranjero.

«Pernocté en Tehuacán, en donde se pusieron á mis órdenes los Generales Escobedo y Rojo, y al día siguiente marchamos para Matamoros; pero al llegar á Tlacotepec, recibí nueva orden, en que se me prevenía que contramarchara rápidamente, porque el enemigo se movía sobre Acultzingo, adonde el General Zaragoza había avanzado para ocupar las cumbres, colocando el núcleo principal del ejército en un lugar propiamente llamado *Las Cumbres*, sobre el camino carretero; á un lado estableció un fuerte destacamento de infantería en la altura que domina por la izquierda la carretera, mandado por el General D. Miguel Negrete; y otro en frente, dominando el mismo camino, y que quedó á las órdenes del General Mariano Escobedo, á quien con ese objeto se me había ordenado mandara por camino de travesía y al paso veloz, como lo hice, disponiendo que atravesara por la cañada de Rojas. Ambos destacamentos de los flancos tenían artillería de Montaña.

De la lista enviada por el General D. Santiago Tapia al Ministerio de la Guerra.

EJÉRCITO CONSTITUCIONAL.—BRIGADA MIXTA.

PRIMERA BRIGADA DE OAXACA.—ESTADO MAYOR.

LISTA NOMINAL DE LOS CIUDADANOS JEFES Y OFICIALES QUE CONCURRIERON Á LA ACCIÓN DE GUERRA DEL DÍA 20 DEL PASADO, EN LAS ALTURAS DE PACHUCA AL MINERAL DEL MONTE.

COMISIONES.	GRADOS.	CLASES.	NOMBRES.	NOTAS.
General en Jefe ..	General de Brigada.	Coronel	C. Ignacio Mejía	
		Teniente Coronel . . .	C. Macedonio Muñoz Cano.	
Ayudantes		Comand. de Batallón..	C. Ignacio Castañeda . . .	
		Subteniente.	C. Miguel González.	

MAYORÍA DE ÓRDENES.

Mayor de Órdenes.	General de Brigada.	Coronel de Infantería.	C. Porfirio Díaz.	Sobresalió.
Ayudante.		Capitán.	C. Luis Santibáñez	

Villa de Guadalupe, Noviembre 3 de 1861.—Vº Bº, MEJÍA.

«En cuanto á mí, el Cuartel general dispuso que cubriera con mi Brigada el puente Colorado, y que con la brigada «Rojo» reforzara las Cumbres, donde estaba el propio Cuartel general. Así lo ejecuté, y al volver apenas á ponerme al frente de mi Brigada, noté que el ejército comenzaba á retirarse en desorden. Tuve que usar de la fuerza, en el puente, para detener á los que huían, y los mandaba sucesivamente por la cañada de Ixtapa, según los organizaba en porciones de 500 hombres, poniéndoles á la cabeza jefes y oficiales, que escogía de entre los mismos fugitivos, pues no tenía otros de donde echar mano.

«Ejecutaba yo esta operación el 28 de Abril de 1862, cuando llegó el General en jefe con su Estado Mayor, aprobó mi procedimiento, y después que pasó todo el ejército por mi puesto, menos los soldados que mandaban los Generales Negrete y Escobedo, que habían tomado diversos caminos para ir á incorporarse á las fuerzas que estaban ya á mi espalda en la cañada de Ixtapa, me ordenó el General en jefe detener allí al enemigo el mayor tiempo posible, mientras él podía tomar otras disposiciones salvadoras. El ejército invasor apareció á poco (serían las cinco de la tarde) en las Cumbres, y en un cerro que, por la izquierda, domina el puente Colorado á tiro de fusil. Yo había colocado mi infantería bien cubierta en los barrancos, en condiciones de poder hacer fuego, y había dejado casi descubierta, porque no era posible hacer otra cosa, la única batería que tenía y su escolta formada de tiradores. Mi caballería la puse en segunda línea, fuera de la zona peligrosa. En tal disposición resistí y correspondí los tiroteos de las tropas contrarias, que no se lanzaron al ataque, habiéndose limitado á tomar posiciones para acamparse, con sus grandes guardias avanzadas, hacia mi puesto; y en esa situación me hallaron los emisarios del General en jefe, que vinieron á prevenirme, por su orden, que retrocediera á la mencionada cañada de Ixtapa, lo cual verifiqué con toda precaución á las diez de la noche, dejando, hasta el último instante, guerrillas de tiradores en el puesto inicial de marcha, y luego, alternativamente, retiraba las que iba escalonando sobre el camino.

«Al día siguiente de la acción de Acultzingo, 29 de Abril, se ordenó la marcha rumbo á Puebla, adonde llegamos el 3 de Mayo, y ese mismo día lo hizo el enemigo á Amozoc, pues marchábamos con diferencia de una jornada. Luego que arribamos á Puebla, el General en jefe ordenó que las tropas del General D. José María Arteaga, que por haber sido gravemente herido en las Cumbres, eran man-

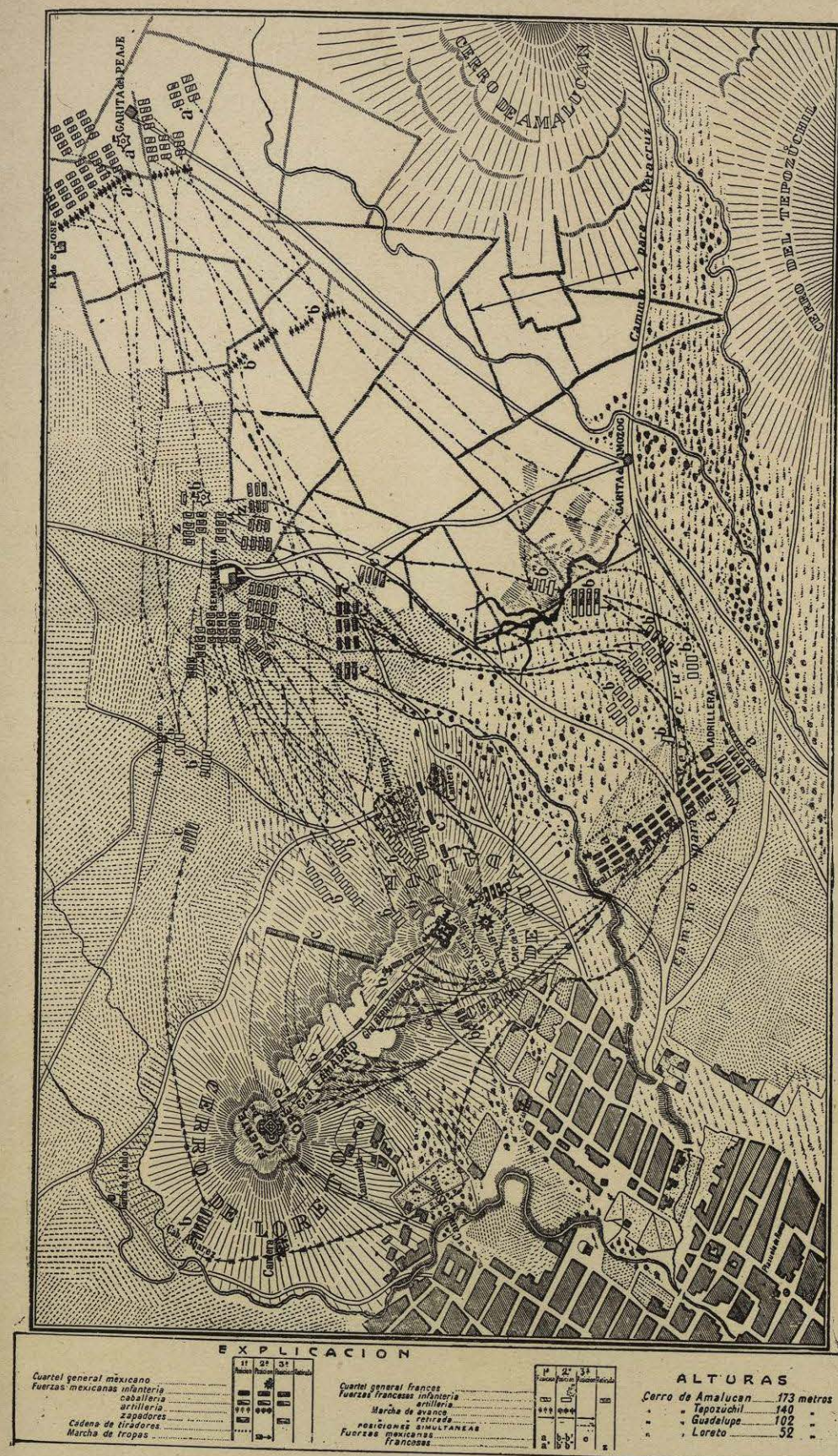
dadas por el General Negrete, ocuparan los cerros de Guadalupe y Loreto; que el General D. Santiago Tapia, con las fuerzas de Puebla, ocupara el perímetro interior de la ciudad, que estaba fortificado pasajeramente y artillado; y dejó como Columnas maniobreras, la Brigada de mi mando, la del General Berriozábal, la del General Lamadrid, y la caballería que mandaba el Coronel D. Antonio Álvarez, formada de los regimientos de Carabineros á caballo, Lanceros de Oaxaca, Lanceros de Toluca y escuadrón Trujano, mandados, respectivamente, por los Coroneles D. Antonio Álvarez, D. Félix Díaz, D. Germán Contreras y Mayor D. Casimiro Ramírez.

«En la noche del 3 de Mayo, día de nuestro arribo á Puebla, el General en jefe, D. Ignacio Zaragoza, detuvo en su alojamiento á los jefes que sucesivamente llegábamos á dar parte de las novedades del día y de la marcha.

«Cuando nos habíamos reunido los Generales Ignacio Mejía, Miguel Negrete, Antonio Álvarez, Francisco Lamadrid, Felipe Berriozábal y yo, nos manifestó que la resistencia presentada hasta entonces debía reputarse insignificante, por más que el Gobierno había hecho esfuerzos para acopiar elementos en sus difíciles circunstancias, cuando el país estaba herido y desangrado por la guerra intestina....

«Que de todos modos, era vergonzoso que un pequeñísimo cuerpo de tropas extranjeras, que para la Nación podía tener la importancia de una patrulla, llegara á la Capital de la República, sin encontrar la resistencia que corresponde á un pueblo que pasa de ocho millones de habitantes; que, en consecuencia, excitaba á los que estábamos presentes, para que nos comprometiéramos á combatir hasta el sacrificio, á fin de que, si no llegábamos á alcanzar una victoria, cosa muy difícil, aspiración poco lógica, supuesta nuestra desventaja en armamento y casi en todo género de condiciones militares, á lo menos perdiéramos dignamente, después de luchar con todo nuestro esfuerzo, dando así tiempo para preparar en el interior la defensa del país, pues que, ocasionando al enemigo grandes daños, como podíamos ocasionárselos, se vería obligado á estacionarse en Puebla, en donde, aun derrotados, podíamos seguirle hostilizando.

«Como era natural, contestamos que estábamos todos animados de los mismos sentimientos que el General en jefe, lo cual quedó bien pronto demostrado. (Memorias).



Batalla del 5 de Mayo.—Puebla.